

China y Argentina: Comercio, inversiones y empleo. Relaciones centro-periferia más allá de los gobiernos de turno

Leandro Marcelo Bona y Sergio Martín Páez

Introducción

A lo largo de este libro se analizan distintas transformaciones en las condiciones estructurales de la economía argentina en los últimos años, con una mirada enfocada sobre el empleo y el trabajo. Una de las manifestaciones que redefinen el mapa social argentino atañe a los cambios en el aparato productivo, donde cobran particular protagonismo los actores internacionales que intervienen en esta dinámica. Dentro de ese universo existe cierto consenso en la relevancia que ha cobrado China desde inicios del siglo XXI en su (re)emergencia internacional, que ha cambiado las relaciones geopolíticas y económicas.

En este sentido, la discusión para América Latina, y en particular para Argentina, radica en cuál es la mejor forma de insertarse en esta nueva dinámica global de modo de garantizar tanto la sostenibilidad de la expansión económica como de la generación de empleo. La acumulación global se ha configurado como un esquema de expansión motorizado por dos polos articulados: Estados Unidos (EE. UU.) y China. El primero ejerce el papel de “consumidor de última instancia”

a escala global, mientras que la segunda —“la fábrica del mundo”— es la principal productora de manufacturas intensivas en mano de obra y tecnología. Al mismo tiempo, el país asiático se ha convertido en un gran mercado consumidor de máquinas y equipos europeos, japoneses y asiáticos, así como de materias primas¹ del Sur global (Medeiros, 2006; Pinto, 2011; Panitch y Gindin, 2012; Pinto y Gonçalves, 2015).

De la misma manera que aumentaron los flujos de comercio, los flujos de inversión de origen chino se expandieron exponencialmente durante la segunda década del siglo XXI como parte de una estrategia generalizada de influencia del gigante asiático. Primero, “China goes global”, y en años más recientes, la “Nueva Ruta de la Seda”, involucraron una serie de grandes inversiones en infraestructura y recursos naturales en diferentes partes del globo. En la medida en que China se consolidó como una nueva potencia económica, financiera y diplomática, los analistas internacionales comenzaron a hablar de un escenario de disputa hegemónica (Arrighi, 2015).

Los estudios centrados en el impacto chino sobre la dinámica de acumulación latinoamericana plantearon los claroscuros del nuevo escenario internacional (Svampa y Slipak, 2015). Por un lado, significó un alivio a la restricción externa a través no solo de los precios sino también de la cantidad de *commodities* exportadas, pero la contrapartida ha sido un proceso de reprimarización de la canasta exportadora, tendencia reforzada por las propias inversiones chinas en los sectores primarios. Por otro lado, la apertura comercial derivada de la desarticulación de los mecanismos de la industrialización liderada por el Estado abrió el espacio a la competencia, en algunos casos bajo acusación

¹ Esta creciente demanda de materias primas de China y la política de bajas tasas de interés de la Reserva Federal de EE. UU. implicaron un auge de precios internacionales de las *commodities* comercializadas por América Latina. Este *boom* favoreció, principalmente, a los países productores de minerales y petróleo, y, en menor medida, a los productores agrícolas (Pinto y Gonçalves, 2015).

de *dumping*, de los productos manufacturados chinos. En tercera instancia, la expansión financiera china permitió también que aquellos países que sufrieron inestabilidad por la oscilación de los precios de las materias primas firmaran *swaps* de monedas para apuntalar sus reservas (Argentina, Brasil, Venezuela, entre otros).

Este escenario de transformaciones a escala mundial fue el telón de fondo de los gobiernos kirchneristas (2003-2015) y de la alianza Cambiemos (2015-2019), que han significado proyectos políticos diferentes.

A inicios de siglo, la profunda crisis del neoliberalismo generó un escenario de autonomía relativa del Estado para establecer un plan de acción alternativo. En este sentido, los gobiernos kirchneristas, a contramano de la visión hegemónica de Occidente, mantuvieron un plan económico orientado al pleno empleo y que revitalizaba el papel del Estado dentro de la dinámica económica a partir de la expansión del gasto público (tanto corriente, por el aumento del empleo público y la asistencia social, como de capital, por la expansión de obras públicas), nacionalizaciones y transferencias progresivas de renta —directas, como aumentos del salario mínimo, e indirectas, a partir del congelamiento de tarifas públicas—. Esta receta fue exitosa para recuperar y expandir los niveles de actividad y de empleo hasta que la economía chocó con la restricción externa en el año 2011 (Wainer, 2018). Los puestos de trabajo generados en el período respondieron a la expansión del empleo público, a una reindustrialización de bienes livianos como textiles y otras manufacturas tradicionales y al mecanismo multiplicador derivado de servicios urbanos, principalmente comercio.

Por su parte, el gobierno encabezado por Macri (2015-2019) retomó un plan de fundamentos neoliberales basado en la reinserción mundial de los flujos financieros internacionales, en la reafirmación de estimular la exportación de bienes primarios y en la búsqueda de la recuperación de la rentabilidad de las fracciones empresarias vin-

culadas a la provisión de servicios públicos, la energía y la renta agropecuaria (Bona, 2019). Esta administración redefinió los mecanismos regulatorios y el poder de policía del Estado en materia económica, en particular en el sector externo. A esta redefinición del papel del Estado le debemos sumar el reacercamiento (geo)político con los EE. UU. que, en determinados momentos, implicó rispideces comerciales y por las inversiones chinas (Morgenfeld, 2018). Luego de cuatro años de gestión, el balance económico indica un empeoramiento de todas las variables socioeconómicas y la desarticulación del entramado industrial.

Considerando estos modelos políticos en disputa, el presente capítulo pretende discutir las contradicciones en términos de empleo y, en definitiva, de la sostenibilidad social que implica un modelo de acumulación basado en la profundización de la explotación de los recursos naturales y liderado por fracciones asociadas al agronegocio y el sector financiero, en el marco de la (re)emergencia internacional de China y sus transformaciones derivadas. A fin de discutir la sostenibilidad social del modelo de acumulación, el texto cuenta, además de esta introducción, con tres secciones. En la que sigue trazamos una breve trayectoria histórica del paralelismo entre las reformas estructurales de China y Argentina en las últimas décadas del siglo XX y mostramos cómo dichas trayectorias se relacionan a inicios de siglo XXI en el plano comercial y de inversiones con sus respectivos impactos en el empleo. Posteriormente, vinculamos esos elementos con los patrones de acumulación domésticos, los bloques en el poder y el Estado (Poulantzas, 1985) durante el período 2003-2018. Por último, presentamos algunas breves consideraciones finales.

El “efecto China”

A partir de una situación periférica en el sistema económico mundial, tanto China como los países latinoamericanos, y el nuestro en particular, iniciaron un proceso de transformación estructural en las

últimas décadas del siglo XX. Por un lado, Argentina comenzó el cambio en la estrategia de desarrollo capitalista durante la década del setenta con gobiernos militares que consideraban a la industria como la base material de un movimiento de trabajadores que desafiaba las relaciones de dominación y que, por lo tanto, debía ser desarticulada (Bona y Páez, 2020). En las tesis neoliberales, la crisis de la deuda externa de la década del ochenta reforzó la idea de que la industrialización había fracasado en la región y de que era apropiado iniciar un proceso de reforma en línea con el espíritu liberal, que se estaba consolidando en Occidente (Cepal, 1996).

En el ámbito internacional, EE. UU. estaba lanzando un nuevo ataque en el tramo final de la Guerra Fría, aumentando su gasto militar e impulsando el desarrollo de China (una invitación a ampliar las divergencias dentro del bloque socialista) (Medeiros y Serrano, 1999; Pinto, 2011). Esta asociación estratégica creó una de las condiciones para el inicio del milagro económico oriental: la inclusión de China en los mercados de bienes y capitales de la potencia norteamericana (que permitió sus exportaciones y su acceso a la financiación internacional de EE. UU.). La diferencia entre China y los otros estados asiáticos “invitados” al desarrollo por los EE. UU. (Japón, Corea del Sur y Taiwán), fue que el gigante continental nunca abandonó su estrategia de defensa autónoma y su retórica antiimperialista dirigida por el Estado/partido (Medeiros, 2008).

Esto sucedió en paralelo a la consolidación del dólar estadounidense como patrón monetario internacional, a la vez que EE. UU. impulsaba una nueva era de las finanzas a partir de su liberalización e internacionalización, y la industria comenzaba a reestructurarse gracias a la explosión de la alta tecnología y la configuración de las cadenas globales de valor, con la incorporación de la informática (Panich y Gindin, 2012). En términos de la lógica capitalista del centro, estas transformaciones operaron como un mecanismo para

debilitar la organización y la identidad de la clase trabajadora (Medeiros y Serrano, 1999).

China jugó un papel clave en este sentido, ya que se convirtió en la “fábrica del mundo” en tres décadas. Entre 1978 y 1989, el país asiático inició un proceso de apertura y liberalización selectiva y gradual de su economía. Los ejes centrales de esta nueva ruta del modelo chino fueron: a) la descentralización de las decisiones económicas a través de la delegación de poder a las provincias y autoridades locales; b) la adopción de modelos y tecnologías de gestión de Occidente.

Durante estos años, los países latinoamericanos se vieron obstaculizados por las negociaciones fallidas de sus deudas externas, que implicaron estrategias políticas de control de las importaciones en recesión y promoción de las exportaciones por medio de políticas agresivas de tipo de cambio. La reestructuración efectiva de la deuda en América Latina provino de la política de los Estados Unidos (Plan Brady), acompañada de una receta para propuestas de políticas articuladas por organismos internacionales, que se denominó Consenso de Washington. Aunque estas políticas surgieron como una recomendación/condicionalidad, la propuesta se implementó con un alto grado inicial de aceptación, lo que implicó fuertes cambios en la estructura económica y social de los países de la región. El objetivo de la política económica pasó del pleno empleo a mantener baja la inflación. En este sentido, la independencia del Banco Central aseguró el “ajuste estructural”, al limitar la capacidad del Estado para responder a las presiones democráticas en pro del gasto social. Esta fue quizás la primera vez en la historia de América Latina que el liberalismo económico coincidió con el liberalismo político (Panitch y Gindin, 2012).

Las reformas se centraron en cuatro elementos: 1) liberalización del comercio; 2) desregulación de los mercados, especialmente desregulación financiera; 3) privatización; y, sin ser explícita, 4) liberalización del mercado laboral (precariedad, empleo a tiempo parcial,

caída de salarios). Esta reanudación permitió el aumento de la tasa de ganancia, que había caído en los años setenta. Al mismo tiempo, la liberalización del comercio y la desregulación de los mercados implicaron el dismantelamiento del aparato de intervención estatal en el desarrollo productivo, no solo para promover el desarrollo industrial sino también el agrícola. Este punto de vista se incorporó a un eslogan que se repitió en varios contextos: “la mejor política industrial es no tener política industrial”.

A principios de la década del noventa, China también experimentó convulsiones derivadas de factores internos y externos. Las protestas de Tiananmén y el colapso de la Unión Soviética significaron un fuerte cuestionamiento al proceso de descentralización y apertura. Después de diversas negociaciones y con el apoyo de los líderes provinciales y del Ejército Popular de Liberación, se estableció un acuerdo entre distintos sectores —conocido como el Gran Compromiso— que aseguró la reforma y el proceso de apertura durante un período de 100 años, con el objetivo de hacer de China una nación rica y poderosa a mediados del siglo XXI. El Gran Compromiso significó, por un lado, la aceleración del principio estratégico de apertura al mundo exterior mediante la expansión de las Zonas Económicas Especiales (ZEE)²; por otro lado, la promoción del desarrollo interno, a través del aumento de las inversiones públicas en infraestructura y de políticas industriales destinadas a generar ganancias administrativas y productivas para las empresas chinas (Pinto, 2011).

China dejó de ser un sistema económico centralmente planificado para convertirse en un “sistema socialista de economía de mercado” en el que se estimulan diversas formas de propiedad (empresas conjuntas de capital estatal, privado y extranjero). En este marco, se implementó

² Se trata de las primeras áreas que iniciaron la apertura al capital extranjero y contaron con condiciones excepcionales de trabajo “capitalista”, en un país formalmente socialista.

la política de privatización mediante la cual las compañías grandes permanecieron bajo la propiedad estatal y las pequeñas fueron cedidas a sus gerentes y a líderes políticos provinciales (privatización interna), lo que generó una primera clase capitalista con fuertes vínculos con el partido (McNally y Wright, 2010).

Durante la última década del siglo XX, China logró mejorar su canasta de exportación, alcanzando un porcentaje de manufacturas en las ventas externas de 93%. Durante este período hubo un cambio en el perfil de las exportaciones industriales, antes concentradas en productos de bajo valor agregado (textiles y prendas de vestir), hacia una gama cada vez más diversa de bienes de consumo y de capital. En paralelo, América Latina también tenía la intención de expandir sus exportaciones como parte del nuevo marco normativo definido en la creación de la Organización Mundial del Comercio (OMC) en 1993. La adopción de estándares internacionales también se aplicó a la promoción de inversiones extranjeras derivada de la firma de los tratados bilaterales de inversión (TBI), que básicamente reproducían la ley de los Estados Unidos y adoptaban sus tribunales como si fueran globales.

Desde el punto de vista financiero, la abundancia de liquidez internacional resultante de los procesos de desregulación financiera y titulización de deudas externas que se produjeron a principios de la década del noventa, llevó a los países latinoamericanos a un cambio radical en su patrón de financiamiento externo: se movió hacia una estrategia dirigida a obtener crecientes flujos de capital extranjero para desplazar la restricción externa, controlar la inflación e integrar los mercados financieros nacionales con los circuitos financieros internacionales. Con el colapso financiero del sudeste asiático en 1997, algunos países latinoamericanos entraron en crisis y la región experimentó lo que Bértola y Ocampo (2012) denominaron “la mitad de una década perdida” en términos de las diferentes variables económicas:

cero o caída del PIB per cápita, aumento de la desigualdad y de la pobreza. En sus versiones más extremas, este período presentó graves crisis socioeconómicas, como los casos de Brasil (1998), Ecuador (1999), Argentina (1998-2001) y Bolivia (2003); crisis que permitieron el cuestionamiento de las políticas neoliberales del Consenso de Washington, y el cambio en el contexto dio inicio a una nueva etapa en el proceso económico.

En América Latina en general, y particularmente en Argentina, se desarticulaban durante las últimas décadas del siglo XX las herramientas de las políticas de desarrollo, y la región navegó las aguas inestables de un nuevo patrón de acumulación con un mayor grado de inserción internacional en sus esferas comerciales y financieras. Este cambio profundizó el poder de las clases dominantes tradicionales y las vinculó a capitales transnacionales. De esta manera, China emergió a comienzos del nuevo siglo como una potencia creciente y América Latina consolidó un patrón de acumulación dependiente y periférico (Slipak, 2017).

Este ascenso de China ha traído cambios importantes en la dinámica capitalista de principios del nuevo siglo. Su economía ha crecido un 10% anual durante más de 30 años y ahora se la considera como la “fábrica del mundo”, lo cual supone fuertes desafíos para los países considerados semiindustrializados como Argentina. A su vez, el Estado chino ha ganado más poder dentro de las instituciones multilaterales —Organización de las Naciones Unidas (ONU), Organización Mundial del Comercio (OMC), Fondo Monetario Internacional (FMI), Banco Mundial (BM), Grupo de los 20 (G-20)—, así como en negociaciones bilaterales con otros países, lo que muestra el ascenso en la jerarquía del sistema interestatal.

Los mecanismos de transmisión de la dinámica china han permitido un crecimiento casi sincronizado en varios países de las distintas regiones del mundo: Asia, África, América Latina y Europa, que ha

sido calificado como un doble polo en la economía mundial (Medeiros, 2006; Panitch y Gindin, 2012). Además, esta dinámica se vio reforzada por un cambio en las prioridades del gobierno chino. Desde 2002, el crecimiento del país asiático ha comenzado a depender cada vez más de la inversión. La formación bruta de capital fijo absorbió el 38% de la demanda china, seguida del consumo (36%) y, por último, de las exportaciones netas (26%). Este es un nuevo patrón de crecimiento asociado a un rápido aumento tecnológico y a un incremento de las ganancias de escala (De Freitas Barbosa, 2011). La creciente demanda china de productos básicos, el mantenimiento de una política de bajos tipos de interés por parte de la Reserva Federal de los Estados Unidos y el auge de los precios de los productos básicos han permitido altos índices de crecimiento en las economías latinoamericanas. El auge de los precios ha favorecido en gran medida a los productos mineros y petroleros sobre los productos agrícolas (Pinto y Gonçalves, 2015). Al igual que los flujos comerciales, los flujos de inversión extranjera directa de China crecieron rápidamente. Desde menos de 3 mil millones de pesos en 2003 a 128 mil millones de pesos en 2015, cuando China se convirtió en el tercer inversionista extranjero más grande del mundo después de Estados Unidos y Japón.

Dados estos elementos, es relevante revisar las principales características de la relación comercial y los flujos de inversión chinos en Argentina que aumentaron la provisión de divisas para alejar la restricción externa, pero que también aumentaron el poder de las clases dominantes tradicionales.

Integración comercial sino-argentina

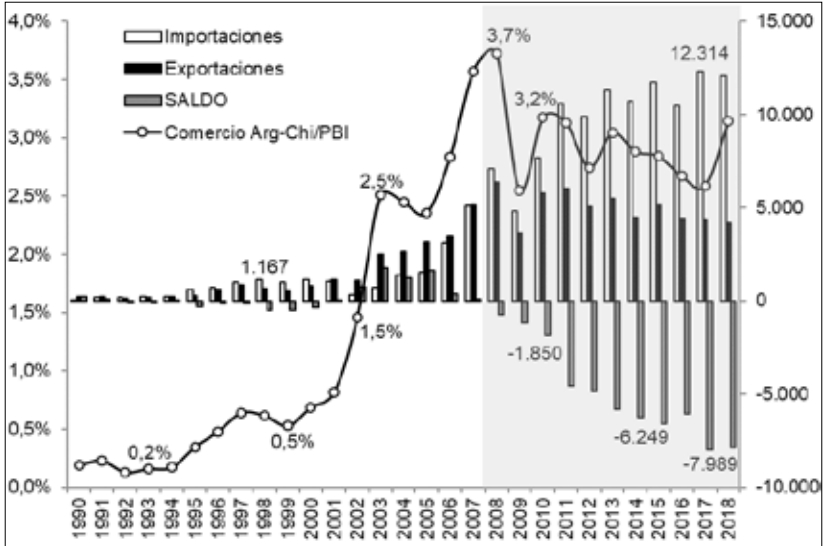
Desde el año 2000, América Latina y el Caribe (ALC) han mantenido, con ligeras fluctuaciones, una participación del 6% en las exportaciones mundiales de bienes. Esto contrasta con el desempe-

ño de los países en desarrollo en Asia. La participación asiática se triplicó, en gran parte debido a China, del 4% en 2000 al 14% en 2015. El estancamiento relativo de las exportaciones latinoamericanas muestra la dificultad de la región para superar una estructura de exportaciones poco diversificada, productos primarios y manufacturas basadas en recursos naturales (Cepal, 2016a). En los últimos años, el resultado agregado de la balanza comercial indica un déficit comercial con el mundo, y especialmente con Asia y China. En este sentido, el déficit comercial con China sería de alrededor de 82 mil millones de dólares.

Como lo destacaron Durán Lima y Pellandra (2017), solo Brasil, Chile y Venezuela mantienen un superávit comercial con China. En el otro extremo, el déficit comercial de México equivale a más de dos tercios del déficit agregado entre América Latina y el Caribe con China (Cepal, 2016b). Si se observan las tendencias a largo plazo, la relación comercial entre la región y China prácticamente no muestra comercio hasta su entrada en la OMC en 2001. En años posteriores, la actividad comercial aumentó de manera notable, alcanzando entre el 3 y el 3,5% del PBI.

En el caso de Argentina, la balanza comercial muestra un déficit creciente a partir de 2008 (**Gráfico 1**). El país nunca logró anotar el nivel de exportaciones de 2008 y a partir de allí, sus ventas fueron reduciéndose de manera casi ininterrumpida, y regresaron en 2018 a los valores de 2007 (poco menos de 5 mil millones de dólares). En cambio, las importaciones han aumentado de manera progresiva desde 2002, alcanzando su pico en el bienio 2017-2018. De esta manera, se advierte un creciente saldo deficitario para el país, que se aproxima a los 10 mil millones de dólares, una cifra que representa ya el 13% de las exportaciones totales argentinas (2018).

Gráfico 1. Balanza comercial Argentina-China (exportaciones, importaciones y saldo), en dólares corrientes y comercio exterior, en porcentaje del PBI (1990-2018)



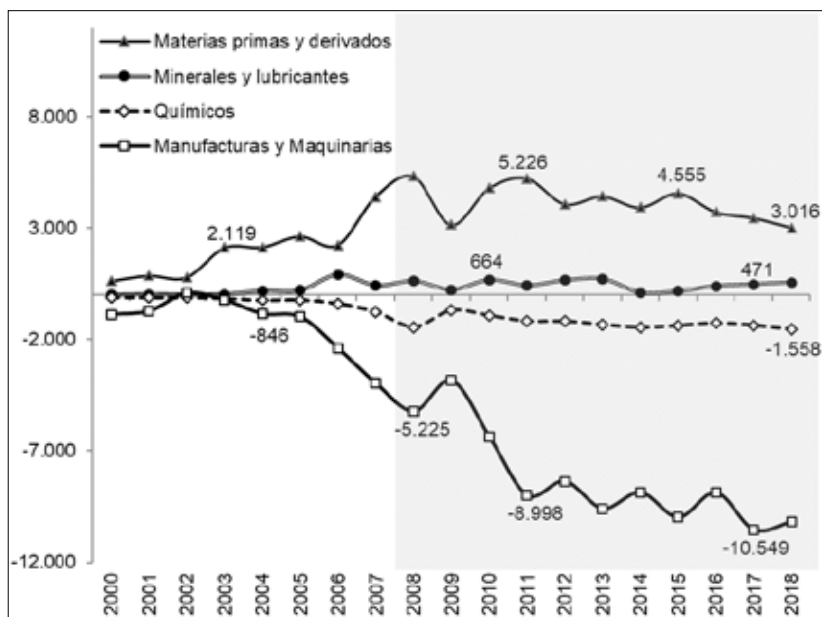
Fuente: Elaboración propia basada en información de la Cepal.

Estos datos permiten inferir que China se ha consolidado como uno de los principales socios comerciales gracias a su creciente peso en el comercio en relación con el PIB (alrededor del 3%). Más allá de la caída en el nivel de exportaciones al país asiático desde 2009, la reducción de las mismas fue mayor para el resto de los socios comerciales (tomados en conjunto), por lo que desde 2016, China se convirtió en el segundo destino de las exportaciones de Argentina (Sli-pak, 2017). Las importaciones reproducen la misma dinámica.

Si se mira el contenido del comercio exterior, el esquema de comercio de Argentina reproduce el patrón histórico periférico de suministro de materias primas y subproductos (sobre todo soja y sus derivados, y recientemente carne) con la contraparte de importaciones

de productos manufacturados y maquinaria. Como muestran Durán Lima y Pellandra (2017), este modelo de inserción a partir de uno o dos productos también es reproducido por el resto de América Latina y constituye una tendencia que se ha ido profundizando de manera creciente. En este sentido, la inserción argentina en el modelo de acumulación chino no es diferente a la registrada en la región.

Gráfico 2. Argentina. Saldo del balance comercial bilateral con China por categoría económica (en millones de USD) (2000-2018)



Fuente: Elaboración propia basada en la clasificación SITC y Cepal. Materias primas y derivados: alimentos, animales vivos, bebidas, tabaco, materiales crudos y aceites vegetales y animales. Manufacturas, maquinaria y material de transporte: bienes manufacturados, maquinaria y material de transporte y otros artículos manufacturados.

Además, también es importante tener en cuenta el bajo contenido de valor agregado de los productos primarios exportados por los

principales países de la región. Existe evidencia de una erosión en el aporte de estos países a la cadena de valor de esos productos, ya que China está reemplazando las importaciones de productos manufacturados con producción nacional y comprando solo materias primas (Slipak, 2017; Durán Lima y Pellandra, 2017). Si bien el déficit comercial con China se consolida, tenemos que considerar un segundo indicador: las economías asiáticas que crecen al ritmo de la economía china y que también aumentaron la demanda de productos primarios argentinos, principalmente soja y sus derivados. En este sentido, el complejo sojero se volvió un proveedor absoluto de divisas para la economía argentina.³

Estos hechos se destacan ampliamente en las discusiones sobre la reprimarización de la región. Bértola y Ocampo (2012) establecieron una relación directa entre esta tendencia y el cambio más vasto en la estrategia de desarrollo de América Latina, desde la industrialización dirigida por el Estado a una política macroeconómica neoliberal orientada a la exportación. Por otro lado, Ray y Gallagher (2017) señalan que es importante resistirse a exagerar el grado de reprimarización causado por China. La producción de bienes ha disminuido en relación con el crecimiento general del PIB en las últimas dos décadas (sobre todo impulsado por los servicios financieros y el comercio), pero esto es especialmente cierto para la actividad manufacturera. De hecho, de los tres sectores que generan productos básicos (agricultura, minería y artículos manufacturados), solo la agricultura mantuvo su parte del valor agregado en la economía latinoamericana. En efecto, la inserción internacional de América del Sur, con predominio de las empresas transnacionales, se basa

³ Esta dinámica promovió una transformación radical en la estructura productiva del agro argentino, intensificando el uso de la tierra a partir del doble cultivo, el desplazamiento por parte de la soja de otras actividades en la zona núcleo y la incorporación de nuevas tierras.

en la producción primaria, con poco valor agregado, sin una gran generación de empleos y sin mayores cambios estructurales (Belloni y Wainer, 2014).

Sin embargo, la reprimarización en la última década se atribuye principalmente al ascenso de China. En este sentido, el país asiático habría contribuido mediante dos mecanismos: a) el aumento de la demanda global (y los precios) de las materias primas, y b) la intensificación de la competencia en la producción de artículos manufacturados baratos. Por un lado, la inversión china y la demanda de importaciones estimularon la producción primaria. Por otro lado, China ha superado la participación de América Latina en el mercado de las exportaciones manufactureras mundiales y se ha convertido en un competidor importante en los mercados de productos industriales de los principales socios comerciales de la región, especialmente en los Estados Unidos e incluso en los países de América Latina. Por lo tanto, la preocupación de los industriales nacionales se manifiesta en la dificultad de competir con las importaciones de China.

Desde el punto de vista chino, si bien la relación bilateral tiene un saldo positivo, la relevancia del mercado latinoamericano es baja dado que el excedente comercial chino en productos industrializados con los Estados Unidos o la Unión Europea es cuatro veces mayor que el obtenido con Latinoamérica (De Freitas Barbosa, 2011).

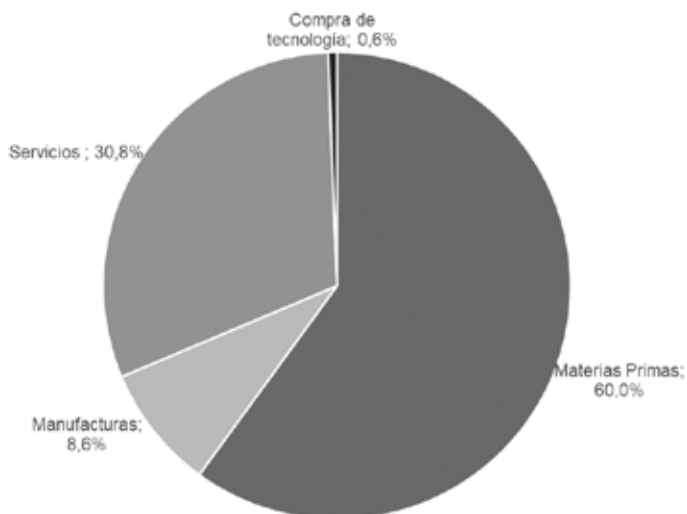
La IED china y el empleo en Argentina

Las inversiones chinas en el mundo han dado un salto cuantitativo desde principios de siglo, lo cual constituye un fenómeno que redefine el proceso de acumulación a escala global. De acuerdo con el Ministerio de Comercio de China (Mofcom), el gigante asiático ha pasado de una inversión extranjera directa (IED) hacia el resto del

mundo de 5,5 mil millones de dólares en 2004 a 196 mil millones de dólares en 2016. Si se totaliza el monto invertido entre 2004 y 2017, alcanza los 1,2 billones de dólares. De esta manera, China se ha transformado en el segundo mayor inversor a escala global, solo detrás de los EE. UU. En este sentido, cabe destacar que, aunque el 89% de las empresas chinas que invierten en el extranjero son de propiedad privada, más del 63% de las acciones extranjeras chinas son propiedad de empresas públicas. Así, el gobierno chino tiene control directo sobre los flujos de IED. A pesar de que las empresas son nominalmente privadas, tienen vínculos estrechos con el Estado porque son en parte propiedad de los gobiernos locales o sus altos ejecutivos son miembros del Partido Comunista Chino (PCCh) (Red ALC-China, 2019).

Los flujos anuales de IED en China han aumentado un 45% desde 2012, pero los flujos hacia América Latina se han mantenido estancados. La IED china en América Latina fue muy modesta en los años noventa y la primera década de este siglo, pero explotó en 2010 con una serie de importantes adquisiciones de compañías petroleras en Argentina. La distribución de IED china en los países latinoamericanos se ha mantenido bastante estable en los últimos años, está muy concentrada en Brasil y Perú, y en gran parte ignora a otros países que reciben mucha IED de otras fuentes, como Colombia, Chile o México (Pérez Ludueña, 2017).

Gráfico 3. Inversión china en América Latina por sectores (2000-2018)



Fuente: Elaboración propia basada en información del Monitor de la OFDI de China en América Latina y el Caribe. (Red ALC-China, 2019).

Un aspecto central del impacto de las inversiones chinas en la región remite a los sectores donde se insertan. El 60% de las divisas ingresadas a América Latina y el Caribe entre 2000 y 2018 se concentró en materias primas (**Gráfico 3**), sectores extractivos que abastecen la demanda china con alimentos, minerales y energía. Las compañías petroleras chinas están actualmente presentes en la mayoría de los países exportadores de petróleo y gas. Argentina registró dos importantes adquisiciones en la industria petrolera en 2010 y 2011. En el sector minero, hubo algunas inversiones en Brasil, pero las operaciones más grandes también se concentran en Perú (Red ALC-China, 2019). Además del petróleo y la minería, también han realizado importantes inversiones en agricultura y pesca, aunque las cantidades registradas son muy inferiores y la información disponible es menos precisa. Ciertos proyectos agrícolas importantes se cancelaron después

de que algunos gobiernos locales y grupos de la sociedad civil presentaron una fervorosa oposición. El aspecto más controvertido de las inversiones en agricultura fue la adquisición de tierras. Por otro lado, hubo grandes inversiones en el área comercial de la agricultura de operaciones mundiales como la adquisición de los activos agrícolas de Noble y una participación mayoritaria de Nidera por parte de la Corporación Nacional de Cereales, Aceites y Productos Alimenticios de China (Cofco). Estas firmas tienen importantes activos en Argentina (Pérez Ludueña, 2017).

El resto de las inversiones chinas en la región se ubican en los sectores de servicios (30,8%), en tanto que las manufacturas ocupan apenas el 8,6% y la compra de tecnología solo el 0,6% (**Gráfico 3**). De hecho, las colocaciones en servicios han crecido de manera notable después de la crisis de 2008/2009, aunque el papel de las inversiones primarias sigue siendo preponderante. Nuevamente, estos indicadores marcan que los sectores que China escoge para su desembarco en la región obedecen a un abastecimiento básico de su mercado interno, pero tienen bajas probabilidades de generar un grado de avance de los países latinoamericanos en las cadenas globales de valor.

La compilación de las inversiones chinas en Argentina se presenta en el **Cuadro 1**.

Cuadro 1. Argentina. Inversiones de origen chino por empresa (2003-2018)

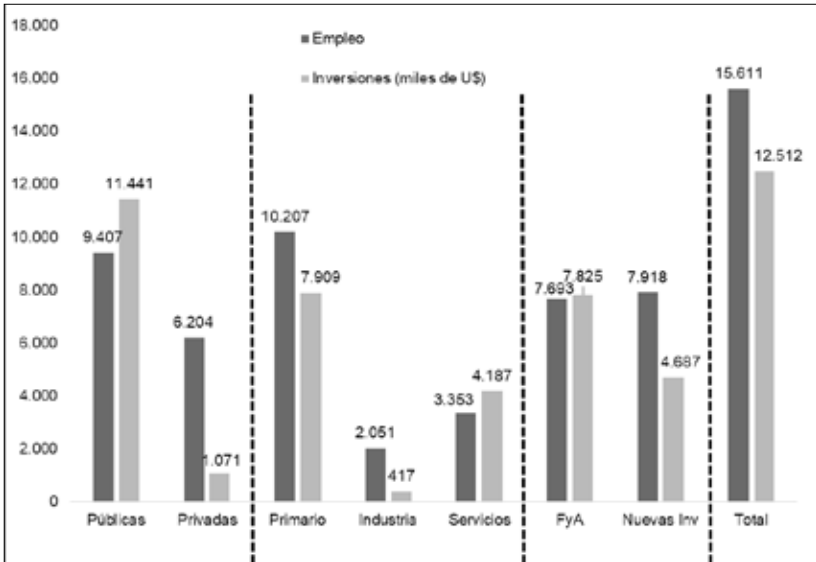
Empresa Controladora	Empresa Objetivo	Sector	Inversión	Millones USD	Empleados
Ganfeng Lithium y Lithium America	Mariana lithium Corp.	Minería	Nueva	17	250
Hilton	Hainan Province CF	Hotelería	Nueva	70	2.000
Hilton	Hainan Province CF	Hotelería	Nueva	50	600
Ganfeng Lithium y Lithium America	Minera Exar	Minería	FyA	88	98
Nextview	Lithium X	Minería	FyA	265	483
Nanjing Red Sun Co.	Ruralco Soluciones	Ss	FyA	23	20
Dalian Huafeng Aquatic Products	Arbumasa	Pescados	FyA	55	450
BYD	CTS Auto	Autopartista	Nueva	13	274
BYD AUTO CO., LTD	Hong Kong	Manufacturas	Nueva	75	500
Shandong Gold Mining	Barrick Gold	Minería	FyA	960	3.000
Dongfeng Motor	Dongfeng Motor	Manufacturas	FyA	310	600
Sany Heavy Industry	Sany Heavy	Metales	Nueva	133	159
Huawei Technologies	HT	Comunicacio	Nueva	7	61
Foresun Group	Estancias del Sur	Alimentos	FyA	75	450
Noble Group Ltd	Sitio 0 de Quequen	Ss	Nueva	17	12
Guangxi Liugong	GLM	Maq. y	Nueva	6	26
CRRC Corporation	Emp. Ferro. Emfer	Maq. y	FyA	500	442
Huawei Technologies	HT	Comunicacio	Nueva	20	200
China National	CNOOC	Petróleo y	Nueva	120	1.000
China South	CSR	Transporte	Nueva	8,7	451
China National Nuclear	China National	Energía	Nueva	270	116
Beijing Construction	BCEG	Servicio de	Nueva	3.500	18
China National	CNOOC	Petróleo y	Nueva	330	1.600
China Petrochemical	CPC	Petróleo y	FyA	2.450	450
CNOOC	Pan American	Petróleo	FyA	3.100	1.700
Shandong Gold Group	Shandong Gold	Metals	Nueva	47	451
Maverick	Maverick	Transporte	Nueva	4	200

Fuente: Elaboración propia basada en Academic Network of Latin America and the Caribbean on China y Monitor de la OFDI de China en América Latina y el Caribe. (Red ALC-China, 2019).

Las inversiones chinas en Argentina se han concentrado fundamentalmente en los sectores agrícolas y extractivos (sobre todo, minería) dado que acumulan más del 60% del total. En este sentido, los

proyectos también incluyen algunos servicios que se insertan directamente en el sector primario (comercio de productos primarios, soluciones tecnológicas y comercialización de fertilizantes).

Gráfico 4. Inversiones de China en Argentina (miles de USD) y empleo generado por sector, tipo de operación y carácter (2003-2018)



Fuente: Elaboración propia basada en datos provenientes de Red ALC-China (2019).

Entre 2003 y 2018 Argentina registró inversiones chinas por 12.512 millones de dólares, ubicándose en el tercer lugar en la región. Las empresas objetivo emplearon de manera directa a 15.611 personas. Si se mira la distribución de estas inversiones y empleos, se advierte que el sector primario explica más del 60% del empleo y las inversiones (10.207 y 7.909 millones de dólares, respectivamente). La industria toma un lugar marginal, con apenas 417 millones de dólares invertidos, aunque su aporte al empleo resulta mucho mayor, pues

ocupó a 2.051 personas; en tanto que en los servicios se invirtieron 4.187 millones que dieron trabajo a 3.353 individuos. La baja elasticidad inversión/empleo en Argentina es llamativa, dado que si bien el país ocupa el tercer puesto en inversiones en ALC (10% de los dólares invertidos en la región), solo contribuye con el 4,8% del empleo (Red ALC-China, 2019).

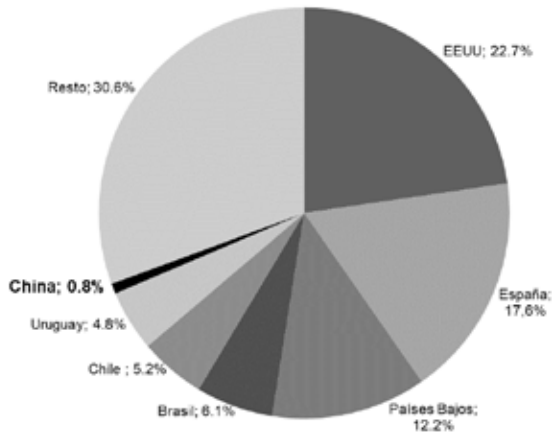
Las inversiones chinas respondieron en un 63% a fusiones y adquisiciones, lo que demostraría una menor potencialidad de avances productivos domésticos. Se trata de una lógica similar a la que operó en los años 1990, cuando la IED contaba con una mayor proporción de este tipo de inversiones y, básicamente, se produjo una extranjerización del entramado productivo local (Azpiazu y Schorr, 2010). Más allá de lo anterior, el 37% de las inversiones destinadas a proyectos nuevos generaron la misma cantidad de empleos que en el caso de las fusiones. La característica de las nuevas inversiones es que se concentraron en sectores primarios (petróleo, gas y minería) y servicios (hotelería), con la excepción de inversiones en algunas pocas manufacturas (motos y componentes automotores). En rigor, las fusiones y adquisiciones son más relevantes en términos de divisas que en materia de empleo, pues sus planteles de trabajadores ya estaban conformados y no habrían sufrido mayores alteraciones luego del desembarco chino.

Por su parte, resulta evidente que las inversiones chinas en Argentina obedecen a una estrategia del gobierno de ese país. En efecto, las empresas estatales chinas explicaron el 91% del monto total (11.441 millones de dólares estadounidenses), aunque su contribución en términos laborales resulta significativamente menor: 60%. Estas evidencias dan testimonio de la centralidad del proceso de abastecimiento chino por parte de América Latina: el gobierno oriental elige aquellos sectores que pueden proveer materias primas para lograr procesos de producción locales. De todas formas, si bien en los últimos diez años

se ha incrementado la inversión china en el sector servicios en ALC, la misma sigue siendo escasa en comparación con el sector primario. Incluso en este contexto, Argentina fue uno de los países donde el crecimiento de los servicios resultó relativamente bajo comparado con el de la región.

El crecimiento de la presencia china en servicios también indica que el gobierno de dicho país apuesta a sectores no transables.

Gráfico 5. Participación de la IED China en el *stock* de Argentina (2019)



Fuente: Elaboración propia basada en datos del Banco Central de la República Argentina.

Más allá de lo ya mencionado, la posición de China en el *stock* de IED en Argentina apenas alcanza el 0,8% del total. El lugar protagónico lo ocupa EE. UU. (22,7%), seguido por España (17,6%) y Países Bajos (12,2%). En la dinámica del análisis de la hegemonía, estos números ayudan a explicar la centralidad del peso de EE. UU. en ALC, fuera de los avances chinos en años recientes.

Cuadro 2. Algunos de los principales nuevos proyectos chinos para Argentina

Área	Firma y lugar	Empresa extranjera	Millones USD	Características
Ferrocarriles	San Martín Cargas	China Railway Construction Corporation Limited	1.089	1200 km renovados Mendoza a BsAs y Rosario + construcción de 220km entre Rufino y Santa Teresa (SF)
Corredor Vial (PPP)	CCA Green B SA (China Construction America + Green)			524km Luján Santa Rosa, con autopista Mercedes Bragado y Anguil Santa Rosa
Minería	Pascua Lama en estudio por parte de Shandong Gold para ser reactivado			
Minería	Potasio Río Colorado	en estudio		
Minería	Salares, litio y potasio	Jiangxi Ganfeng Lithium	675 de carbonato	Dos salares y dos plantas de litio en
Energía	Parque Eólico Los Meandros (neuquén)	Envision Energy	140	aún resta confirmar la operación
Energía	Atucha III	capitales chinos financiarían la totalidad del proyecto		
Energía	Represas Hidroeléctricas Condor Cliff y La Barrancosa	Electroingeniería+Hidrocuvo+China Gezhouba Group Company Limited		4.500
Energía	Solar en Cauchari	Shanghai Electric Power Construction Cp Ltd (SEPC)	390	también se integraría el gobierno de Jujuy
Espaciales	Estación Espacial Bajada del Agrio	China Satellite Launch and Tracking Control General (CLTC) y CONAE		

Fuente: Red ALC-China (2019).

Como parte de la estrategia de internacionalización, las finanzas también participaron en el proceso. Por un lado, el Banco Comercial e Industrial de China (ICBC) anunció la compra del paquete mayori-

tario de acciones del Standard Bank (banco de capital sudafricano) en 2011 y, a su vez, obtuvo la autorización para abrir su filial en Brasil en 2012. En términos de activos, ICBC es el banco más grande del mundo y está bajo el control del Estado chino. Por otro lado, en el contexto de la disminución de los términos de intercambio a partir de 2012, el gobierno chino ofreció la posibilidad de firmar *swaps* financieros en moneda nacional para garantizar las reservas internacionales de los países de la región. En esta línea, Argentina firmó por un monto equivalente a 11 mil millones de dólares estadounidenses en 2014. Si bien el rol de Argentina no es central en cuanto destino de inversión, podemos observar dos elementos: 1) un claro interés en la posibilidad de abastecimiento de petróleo desde Argentina dadas las reservas de YPF y las futuras explotaciones como Vaca Muerta, y 2) el interés de los gobiernos locales por aprovechar las posibilidades de la multipolaridad global desde el aumento del peso internacional de China, específicamente desde un punto de vista financiero. En este sentido, aparecen elementos de desafío para la geopolítica que ha desarrollado la hegemonía estadounidense durante el siglo XX: la diplomacia petrolera y el sistema monetario internacional basado en el dólar.

En general, como hemos visto, el papel de Argentina es secundario en términos de integración comercial y destino de inversión para los intereses del gigante asiático, aunque podemos distinguir elementos de una estrategia de expansión de la influencia global de China. Desde el punto de vista de Argentina, la inserción en el patrón de acumulación chino obedece a la lógica de proveedor de materias primas y un destino de las inversiones que facilitan este suministro (infraestructura e inversiones directas en actividades extractivas); así como, en términos de empleos directos generados, la elasticidad es baja. En este sentido, el ascenso chino implica un aumento de las posibilidades de provisión de divisas en términos globales. No obstante, los sectores impulsados no son grandes generadores de mano de obra, por lo cual

la sostenibilidad social pasa a depender notablemente de las políticas públicas que impulsen el pleno empleo.

Patrón de acumulación, bloque en el poder y poder estatal en el auge chino de las primeras décadas del 2000

Si bien la tarea de caracterizar un patrón de acumulación y mostrar sus vínculos con el bloque en el poder⁴ es demasiado ambiciosa para este documento, trataremos de presentar algunas ideas preliminares a partir del análisis precedente. A la luz de lo que comentamos, la integración comercial sino-argentina se centró en exportaciones locales basadas en uno o dos productos principales, con un bajo valor agregado y contenido tecnológico. En cuanto a la inversión directa, tanto la región como Argentina no son un destino relevante para China en términos de valores absolutos; sin embargo, el suministro de materias primas (principalmente minerales y energía) tiene un carácter estratégico para el patrón de desarrollo chino. En tal sentido, este proceso fue liderado por las empresas estatales de China y se centró en la compra de empresas (no de inversiones del tipo *green field*⁵).

En efecto, la caracterización llevada a cabo a partir de la relación con China reproduce el rol histórico argentino en la división del trabajo internacional. Si bien Argentina logró diversificar sus estructuras productivas durante la industrialización dirigida por el Estado a mediados del siglo pasado, su inserción internacional sigue basándose en un patrón de explotación de recursos naturales (Belloni y Schorr, 2019).

A fines de la década del noventa, hubo tensiones internas y crisis económicas en la región, lo que llevó a una divergencia en los caminos

⁴ Se utiliza la idea de Poulantzas (1985), según la cual el bloque en el poder es una unidad contradictoria de intereses de diferentes fracciones del capital que convergen en el liderazgo de una de ellas, la cual cohesiona el proceso de acumulación de capital y garantiza la dirección simbólica de la dominación de clase.

⁵ Las inversiones *green field* son aquellas que se realizan desde cero, y por lo tanto se las distingue de las compras o adquisiciones de capitales previamente radicados.

políticos. Argentina estuvo dentro del grupo de países cuyos proyectos políticos cuestionaron el Consenso de Washington, apoyados por la mayor autonomía relativa generada por la crisis. En esta línea, los gobiernos kirchneristas buscaron una reevaluación del papel del Estado en la economía y en las relaciones de producción, lo que les permitió generar una capacidad para recibir y canalizar las demandas populares. Sin embargo, este proyecto político enfrentó a lo largo de los años los propios límites de la tentativa de recrear un nuevo modo de acumulación, las limitaciones de las reformas estructurales de los años noventa y el marco de acción o inacción que han supuesto las instituciones del capitalismo en la escala global (OMC, Ciadi, entre otros).

Teniendo en cuenta estos elementos, entendemos que entre 2003 y 2015 se han realizado cambios significativos en relación con las modalidades del período de acumulación neoliberal; se modificó el espacio que ocupaban las clases dominantes en el bloque en el poder a lo largo de la primera quincena del siglo XXI (Bona, 2019). Durante el kirchnerismo, los sectores productores de bienes (la industria y la construcción) experimentaron una revitalización dentro de los aparatos del Estado que promovió medidas que permitieron llevar de manera gradual a una recuperación de las condiciones de vida de las clases subalternas, que se mantuvieron en clara desventaja sistemática durante el neoliberalismo. Este hecho consolidó la restauración del orden político que había sido fuertemente cuestionado durante la crisis de 2001 (Cieza, 2006), y proporcionó las condiciones para relanzar una dinámica de la fase de acumulación de capital con foco en el pleno empleo en el contexto de una situación externa favorable.

Esta trayectoria, que no mostraba grandes fracturas en el interior de las clases dominantes hasta 2008, entró en contradicción a medida que se comenzó a manifestar la puja distributiva con un alza de la inflación, el “conflicto del campo” y el estallido de la crisis financiera internacional (Basualdo, Barrera, Bona, González, Manzanelli y Wainer,

2017). Hasta entonces, no había cohesión del bloque gobernante en un escenario de alto crecimiento económico (herencia de vasta capacidad ociosa en la industria, alto tipo de cambio, cese del pago y luego renegociación de la deuda externa, ciclo alcista) y precios de los productos básicos y salarios reales relativamente bajos (Cenda, 2010). Una vez que se activó el conflicto de las retenciones móviles (marzo de 2008), el kirchnerismo adoptó un giro nacional-popular que potenció la estrategia keynesiana de estímulos estatales al consumo y al empleo (a través de la Asignación Universal por Hijo, la nacionalización del sistema de pensiones, los aumentos del salario mínimo vital y los programas de seguridad social, consumo en cuotas, etc.) que, junto con la recuperación posterior a 2009 en la región, extendió la fase de expansión hasta 2011. Entonces se restableció un factor económico de primer orden para comprender la crisis de esa estrategia: la restricción externa, que refleja los clásicos problemas estructurales en el aparato productivo (Belloni y Schorr, 2019).

Dado que tuvo dificultades para acceder al financiamiento externo a partir del *default* de la deuda pública externa del 2001, la autonomía relativa del gobierno con respecto al sector agrícola —propietarios de tierras, productores, sus cooperativas y comerciantes transnacionales— fue disminuyendo en la medida en que el superávit comercial agregado también se redujo. Si bien la retórica del gobierno kirchnerista se mantuvo como un proyecto de diversificación productiva y de conservación del pleno empleo, la necesidad de divisas de la dinámica de acumulación colocó un claro límite a la pretensión política. Ante la dificultad de otorgar mejoras materiales para las grandes mayorías, el kirchnerismo perdió parte de su base de apoyo electoral y el poder del Estado pasó a manos de las clases dominantes ligadas al capital extranjero, agrario y financiero (Bona, 2019).

El gobierno de Cambiemos (2015-2019) supuso una reinstalación de la lógica neoliberal, que geopolíticamente se alineó al eje coman-

dado por Washington. Por estos motivos, su propósito no fue cuestionar la forma de inserción dependiente del país, sino ratificarla (Arceo, 2016). Ello no implicaba un cambio en los vínculos con China desde el punto de vista productivo-comercial, sino más bien geoestratégico (Morgenfeld, 2018). Sin embargo, los sectores dominantes beneficiados por los lazos con el gigante asiático y las propias lógicas de acumulación del país (primario-exportador), implicaron el sostenimiento de las relaciones comerciales, y así varios de los proyectos en marcha se mantuvieron en curso, junto a los intercambios de apoyo financiero (*swaps*). La redefinición de ganadores y perdedores, así como de jerarquías dentro del nuevo bloque en el poder en 2015-2019 (Belloni y Schorr, 2019), significó un movimiento que no afectó las tendencias generales productivas y los vínculos con China. En otras palabras, las condiciones de acumulación de capital en Argentina tuvieron más fuerza que la ideología sobre la que se sustentaba el proyecto macrista.

En síntesis, la relación entre las clases dominantes domésticas y el ascenso de China conllevó una ratificación de su poder económico y la capacidad política para influenciar sobre los aparatos del Estado. En este sentido, las fracciones del capital asociadas a la actividad agrícola retroalimentan una creciente asociación comercial con el país asiático, más allá de los elencos gobernantes de turno y sus respectivos proyectos e ideologías. En contraste, las fracciones del capital cuya dinámica de acumulación depende del mercado interno o, en su versión ampliada, del Mercosur —media y pequeña burguesía de sectores como textiles, calzados, etc., y grandes capitales como automotrices, plásticos y otros— se ven amenazados por las políticas contractivas del neoliberalismo y/o la competencia desigual de la producción asiática. De algún modo, el alejamiento retórico de las clases dominantes tradicionales respecto de los gobiernos kirchneristas mostró que la redistribución del ingreso no pudo incluirse en su agenda y se puso el foco en la “meritocracia”, a tono con el individualismo neolib-

ral. Mientras que para China la alternancia política en Argentina (y en América Latina) parecería ser un aspecto de segundo orden, para los sectores dominantes argentinos y de la región latinoamericana existe una visible intolerancia a las experiencias posneoliberales que ponen en debate los aspectos simbólicos de su dominación y, muchas veces solo secundariamente, la apropiación y redistribución progresiva de sus rentas y beneficios.⁶

Consideraciones finales

A partir de una situación periférica del sistema económico mundial, tanto China como los países latinoamericanos y Argentina en particular, iniciaron un proceso de transformación estructural en las últimas décadas del siglo XX. Argentina desarticuló gradualmente las instituciones de la industrialización dirigidas por el Estado a la vez que impulsó la liberalización comercial, desreguló los mercados y privatizó parte del aparato estatal. China, por su parte, aceptó “la invitación” al desarrollo de Estados Unidos, implementó una política gradual y selectiva de apertura, mientras descentralizaba las decisiones económicas. De esta manera, China emergió a comienzos del nuevo siglo como una potencia creciente y América Latina consolidó un patrón de acumulación dependiente y periférico.

Con el colapso financiero del sudeste asiático en 1997, China comenzó a surgir como el centro de la dinámica asiática. Al mismo tiempo, algunos países latinoamericanos estaban en crisis y la región experimentaba media década perdida. En sus versiones más extremas —como el caso argentino— implicaron el cuestionamiento a la con-

⁶ Esto se ha expresado a fines de 2019 en Bolivia, donde a pesar de anotar registros económicos envidiables, los sectores dominantes desplazaron mediante un golpe de Estado al gobierno del Movimiento al Socialismo (2006-2019). El golpe significó una revancha oligárquica y racista contra los sectores populares (véase García Linera, 17 de noviembre de 2019).

tinuidad de las políticas neoliberales del Consenso de Washington y otorgaron autonomía relativa para la emergencia de proyectos políticos alternativos.

La consolidación de China en el escenario internacional favoreció la recuperación económica argentina a partir de una mayor provisión de divisas, a la vez que otorgó cierta capacidad de maniobra al gobierno que nació de la crisis. Desde el punto de vista de los intereses chinos y como se muestra en este texto, el papel de Argentina es secundario en términos de integración comercial y destino de inversión. La inserción argentina y regional en el patrón de acumulación chino reviste el carácter de proveedora de materias primas y destino de las inversiones que facilitan este suministro (infraestructura e inversiones directas en actividades extractivas). Por lo tanto, las viejas relaciones de dependencia continúan definiendo estos vínculos y ratificando dichas tendencias.

En cuanto a la relación entre las clases dominantes y el Estado, el aumento de los intercambios con China significó la profundización de las tendencias que se desarrollaron a fines del siglo XX: la consolidación de patrones de acumulación dependientes y periféricos bajo el liderazgo de las clases dominantes tradicionales. Con la experiencia macrista y la profundización de los proyectos, intercambios y acuerdos sino-argentinos, se advirtió que esta relación se ubica más allá de la ideología de los gobiernos de turno y responde a las lógicas de los ciclos dependientes del capital (Marini, 2007).

En este contexto, las disputas por el poder del Estado parecen enmarcarse entre dos proyectos políticos que presentan límites concretos y estructurales, ya sea por la vía de la restricción externa o por la insostenibilidad social generada por el desempleo y la redistribución regresiva del ingreso. En este sentido, cabe preguntarse si no estamos en un nuevo escenario político de empate hegemónico.

Referencias bibliográficas

- Arceo, E. (2016). La política exterior de Macri: la reprimarización de la economía argentina como objetivo. *Realidad Económica*, 300, 17-46.
- Arrighi, G. (2015). *Adam Smith en Pekín*. Madrid: Akal.
- Azpiazu, D. y Schorr, M. (2010). *Hecho en Argentina: industria y economía, 1976-2007*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Banco Central de la República Argentina. (2020). *Estadísticas*. Recuperado de http://www.bcra.gov.ar/PublicacionesEstadisticas/Principales_variables.asp
- Basualdo, E., Barrera, M., Bona, L., González, M., Manzanelli, P. y Wainer, A. (2017). *Endeudar y Fugar. Un análisis de la historia económica argentina de Martínez de Hoz a Macri*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Belloni, P. y Schorr, M. (Eds.) (2019). *La economía política de Cambiemos. Ensayos sobre un nuevo ciclo neoliberal en Argentina*. Buenos Aires: Batalla de ideas.
- Belloni, P. y Wainer, A. (2014). El rol del capital extranjero y su inserción en la América del Sur posneoliberal. *Problemas del Desarrollo*, 45(177), 87-112. [https://doi.org/10.1016/S0301-7036\(14\)70864-8](https://doi.org/10.1016/S0301-7036(14)70864-8)
- Bértola, L. y Ocampo, J. A. (2012). *Desarrollo, vaivenes y desigualdad: Una historia económica de América Latina desde la independencia*. Secretaría General Iberoamericana. Recuperado de <https://www.segib.org/wp-content/uploads/Historia-Economica-AL-ESP.pdf>
- Bona, L. (2019). ¿Neoliberalismo hegemónico? Apuntes sobre el Estado, el bloque de poder y la economía política en la Argentina reciente (2016-2018). *Pilquen. Sección Ciencias Sociales*, 22(1), 39-54. Recuperado de <http://revele.uncoma.edu.ar/htdoc/revele/index.php/Sociales/article/view/2242>

- Bona, L. M. y Páez, S. M. (2020). Fases, similitudes y diferencias entre los casos de las dictaduras y economía política en Argentina, 1966-1973 y 1976-1983, y Brasil, 1964-1985. *América Latina en la historia económica*, 27(2). <https://doi.org/10.18232/alhe.1068>
- Cenda. (2010). *La anatomía del nuevo patrón de crecimiento y la encrucijada actual. La economía argentina en el período 2002-2010*. Buenos Aires: Editorial Atuel.
- Cepal. (1996). *América Latina y el Caribe, quince años después. De la década perdida a la transformación económica 1980-1995*. Santiago: FCE.
- Cepal (2016a). *Panorama de la Inserción Internacional de América Latina y el Caribe. La región frente a las tensiones de la globalización*. Santiago de Chile. Recuperado de <https://www.cepal.org/es/publicaciones/40744-panorama-la-insercion-internacional-america-latina-caribe-2016-la-region-frente>
- Cepal (2016b). *Relaciones económicas entre América Latina y el Caribe y China. Oportunidades y Desafíos*. Santiago de Chile. Recuperado de <https://www.cepal.org/es/publicaciones/40743-relaciones-economicas-america-latina-caribe-china-oportunidades-desafios>
- Cieza, G. (2006). *Borradores sobre la lucha social y la autonomía*. Buenos Aires: El colectivo.
- De Freitas Barbosa, A. (2011). China e América Latina na nova divisão internacional do trabalho. Em R. Pimentel Ferreira Leão, E. Costa Pinto e L. Acioly (Éds.), *A China na Nova Configuração Global: impactos políticos e econômicos*. Brasília: IPEA.
- Durán Lima, J. y Pellandra, A. (2017). *La irrupción de China y su impacto sobre la estructura productiva y comercial en América Latina y el Caribe*. Santiago de Chile: Cepal. Recuperado de <https://www.cepal.org/es/publicaciones/41021-la-irrupcion-china-su-impacto-la-estructura-productiva-comercial-america-latina>

- García Linera, A. (17 de noviembre de 2019). El odio al indio. *Página 12*. Sección. El Mundo. Recuperado de <https://www.pagina12.com.ar/231456-el-odio-al-indio>
- Marini, R. (2007). *América Latina, dependencia y globalización*. Buenos Aires: Clacso.
- McNally, C. A. y Wright, T. (2010). Sources of social support for China's current political order: The "thick embeddedness" of private capital holders. *Communist and Post-Communist Studies*, 43(2), 189-198. <https://doi.org/10.1016/j.postcomstud.2010.03.007>
- Medeiros, C. A. D. (2006). A China como um duplo pólo na economia mundial e a recentralização da economia asiática. *Brazilian Journal of Political Economy*, 26(3), 381-400. Recuperado de <https://centrodeeconomiapolitica.org.br/rep/index.php/journal/article/view/606/604>
- Medeiros, C. (2008). *Desenvolvimento econômico e ascensão nacional: rupturas e transições na Rússia e na China. O mito do colapso do poder americano*. Rio de Janeiro: Record.
- Medeiros, C. A. y Serrano, F. (1999). Padrões Monetários Internacionais e Crescimento. En J. Fiori (Org.), *Estados e Moedas no Desenvolvimento das Nações*. Rio de Janeiro: Vozes.
- Morgenfeld, L. (2018). Los desafíos de Macri ante Trump y el G20. *Revista Estado y Políticas Públicas*, 6(11), 95-111. Recuperado de https://revistaeypp.flacso.org.ar/files/revistas/1539874376_95-115.pdf
- Panitch, L. y Gindin, S. (2012). *La construcción del capitalismo global*. Madrid: Akal.
- Pérez Ludueña, M. (2017). Chinese Investments in Latin America. Opportunities for growth and diversification. Cepal. Recuperado de <https://www.cepal.org/en/publications/41134-chinese-investments-latin-america-opportunities-growth-and-diversification>

- Pinto, E. C. (2011). O eixo sino-americano e as transformações do sistema mundial: tensões e complementaridades comerciais, produtivas e financeiras. Em R. Pimentel Ferreira Leão, E. Costa Pinto e L. Acioly (Éds.), *A China na Nova Configuração Global: impactos políticos e econômicos*. Brasília: IPEA.
- Pinto, E. y Gonçalves, R. (2015). *Globalização e Poder Efetivo: a ascensão da China. Economia e Sociedade*. Campinas: UNICAMP.
- Poulantzas, N. (1985) *O Estado, o poder, o socialismo*. Rio de Janeiro: RJ.
- Ray, R. y Gallagher, K. (2017). *China-Latin America Economic Bulletin 2017 Edition*. Global Economic Governance Initiative. Recuperado de <http://entramado.fundeps.org/wp-content/uploads/2017/12/Iniciativa-para-las-Inversiones-Sustentables-China-Am%C3%A9rica-Latina-Bolet%C3%ADn-Econ%C3%B3mico-China-Am%C3%A9rica-Latina.pdf>
- Red ALC-China. (2019). *Monitor de la OFDI de China en América Latina y el Caribe*. Recuperado de http://www.redalc-china.org/monitor/index.php?option=com_content&view=article&id=437
- Slipak, A. (2017). L'impact commercial de la Chine au Brésil et en Argentine au cours des "cycles progressifs": reprimarisation et consensus de Pékin. *Recherches Internationales*, 110, 171-194. Recuperado de <https://www.recherches-internationales.fr/RI110/RI110Slipak.pdf>
- Svampa, M. y Slipak, A. (2015). China en América Latina: Del Consenso de los Commodities al Consenso de Beijing. *Revista Ensamblés*, 3, 34-63. Recuperado de <http://www.revistaensambles.com.ar/ojs-2.4.1/index.php/ensambles/article/view/61>
- Wainer, A. (2018). La restricción externa al crecimiento en Argentina en el periodo kirchnerista (2003-2015). *Semestre económico*, 21(47), 95-122. Recuperado de <https://revistas.udem.edu.co/index.php/economico/article/view/2702/2481>